

“No nos dejes caer en la tentación”

Con el Miércoles de Ceniza iniciamos el camino hacia la Pascua. Sabemos que la Pascua es el paso de Jesús a la gloria a través de la Cruz: “*Siendo rico se ha hecho pobre a fin de enriquecernos con su pobreza, se ha entregado a sí mismo por nosotros*” (nos recuerda Benedicto XVI en su mensaje cuaresmal). Y este paso que realizó Jesús lo tenemos que realizar también cada uno de nosotros. Y si Jesús fue tentado, nosotros también lo somos. El prefacio de la celebración eucarística de hoy –domingo 1º de cuaresma- nos dice que Jesús, al rechazar las tentaciones del enemigo, nos enseñó a sofocar la fuerza del pecado. Por eso **miramos a Jesús, para tomarle como modelo y seguir su camino.**

La conversión es una llamada permanente, que en este tiempo resuena con más fuerza. Convertirse es algo más que confesar los pecados, es conseguir un corazón nuevo, volver a empezar.

¿Qué pasa en nuestro mundo?. Miremos a nuestro alrededor: ¿no es verdad que las tentaciones de Jesús son universales?: las tentaciones del poder, del tener, del placer; las de la propia autonomía u autosuficiencia; las de justificar los medios por el fin o convertir los fines en medios o los medios en fines; las de la violencia o la debilidad; las de la desesperanza o el miedo.

En una realidad así, hoy, primer domingo de Cuaresma, **la Palabra de Dios nos dice:**

- En la primera lectura (del libro del Génesis) se unen dos páginas de teología y antropología:
 - Una, limpia, vitalista, creadora. El hombre, lo mejor de la obra de Dios, y todo un paraíso para él.
 - Otra, dramática, embarrada, destructiva. Aparece el antidiós que todo lo siembra de engaño y destrucción; y el hombre cayó en su trampa.

Este simbolismo de Adán y Eva, y la historia del pecado, quieren ser una explicación del origen del sufrimiento y del mal. No vienen de Dios, sino del hombre, que se deja seducir y no sabe usar su libertad.

- En la carta a los Romanos, san Pablo nos ofrece una tercera página, restauradora y misericordiosa. Es página cristológica, Cristo, nuevo Adán. Cristo repara lo destruido; sobrepasa con su gracia las negatividades del pecado.

La buena noticia es que el pecado no es la última palabra. El pecado, y sus tristes consecuencias, va a posibilitar una sobreabundancia de gracia, hasta el “desbordamiento”. Habrá amnistía y gracia “a raudales”. “Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia”.
- El pasaje evangélico: Jesús, antes de empezar su vida pública, quiso pasar por el desierto, lugar más teológico que geográfico. El desierto es lugar de tentación y lugar de amor. El Pueblo de Dios recordará siempre su paso por el desierto.

Cuarenta días en desierto, ayunando y rezando, la primera Cuaresma cristiana. El mensaje principal es que Jesús fue tentado, porque era humano, pero que superó las tentaciones, apoyándose en la palabra de Dios. Las tentaciones de Jesús fueron las mismas del pueblo de Dios por el desierto; son las tentaciones del hombre universal; son las tentaciones del tener, del poder y de la gloria. Son las tentaciones de la autosuficiencia y la independencia. Son las tentaciones de querer manipular a Dios, incluso de querer ser y vivir como Dios. Pero Jesús dará una respuesta contraria. No se deja seducir por el mal, porque su corazón se halla enteramente seducido por Dios. Ahí está el principio de la salvación.

Para nuestra vida cristiana. Hay que reconocer nuestra debilidad; ser débiles es bueno. La mayoría de los problemas nos vienen por la autosuficiencia, por la soberbia, por creernos dioses, sin más norma que el propio interés. Hay que reconocer que Dios no hizo al hombre perfecto, sino perfectible. Y en esa nuestra debilidad Cristo es “buena noticia” para cada uno de nosotros. Cristo es el ideal humano conseguido, la meta anticipada. Cristo es, por lo tanto, el fundamento de nuestra esperanza y el estímulo para nuestro compromiso.

La tentación de Cristo es real, no teatral; siente interiormente el atractivo de las ofertas; no es sólo una dialéctica teológica. **Las tentaciones de Jesús son las mismas de todo hombre:** *las del tener, las del poder y las de la gloria. Son las tentaciones de la autosuficiencia y de la independencia. Son las tentaciones de querer manipular a Dios, ya que buscamos que Dios haga lo que nosotros queremos en lugar de cumplir la voluntad de Dios. Son las tentaciones de querer ser como todo el mundo, intentando agradar a todos; la tentación de la superficialidad, de la trivialización, de la falta de espiritualidad; la tentación de controlar la vida de otros, la tentación del estrés, las prisas y el activismo, sin contemplar, sin rezar, sin descansar en las manos de Dios....*

Llamada clara, pues, a la CONVERSION. Y esto es lo que significa la conversión: **de los troncos viejos también pueden brotar renuevos.** Convertirse es rejuvenecerse, es renacer, es empezar de nuevo, es revisar profundamente nuestra forma de actuar en el mundo, para que los creyentes descubramos más claramente la vocación a la que hemos sido llamados y podamos tomar una posición clara y evangélica ante las estructuras de injusticia, insolidaridad y opresión que rodean al hombre y no le hace ser libre y auténticamente humano.

*Señor, vivimos como tú, tentados, pero ayúdanos para que no caigamos
en las tentaciones o sepamos levantarnos y volver a empezar,
hasta que contigo lleguemos a la total liberación en tu Pascua
hacia la que nos encaminamos.*

*Avelino José Belenquer Calvé.
Delegado episcopal de Liturgia.*